

“ESCRIBIENDO_ANDO EN NICHOS VITALES”

Magdalena Flores Márquez

Parto de mi...

Parto de mí, niña asustada, mujer guerrera, amante singular, maestra por fortuna, poeta cuando me decido, hija vehemente, madre nutricia, amiga leal, musgo en mi tierra, suspiro a la luna, en las “noches de lluvia en Xalapa”

Parto de la fantasía con la que me miento para conseguir un respiro más, una lucha más, una espera más. De la necedad de amar al mismo hombre que no me amó lo suficiente, defender su bandera y su utopía aun cuando es anacrónico

Parto de la costumbre de hallarme sola, libre, sin ataduras y sin abrigo, ni ternura protectora; del querer ser otra, la que puede aceptar, la que se queda y conforma, la que puede ser feliz así.

Parto de mi inventario donde cuento la maravilla de la crisálida y la mariposa; del cielo conquistado, de los amores osados, a la luz de la luna... cuentos de las mil y una noche, del príncipe encantador que encantaba a todas y no sólo a mí y del embrujo que me inventé para estar siempre prendida a su paso.

Parto en fin, de mi búsqueda de Dios, de respuestas válidas, de meta_relatos hipertextuales y complejos; de la paz, la serenidad, la aceptación, el amor. Del abrir mi corazón, ya remendado con hilo puro, con confianza en mí y el dejar ser para SER.

Los puntos invisibles de mi mapa.

Para decidir por dónde empezar este relato reviso algunas notas que acostumbro hacer en el celular cuando vivo algo que me inspira para ser contado y en ellas

puedo advertir los puntos, -tal cual menciona el Manual de Secretos, Leyendas y Susurros- que si los uniera con las líneas de un lápiz invisible daría como resultado mi camino, el que he trazado y seguido, el cual seguramente seguiré transitando en la medida que, convencida con Machado, sé qué hacemos camino al andar.

El primer punto me sitúa desde la infancia, aprendiendo y atesorando el disfrute de la música, las artes, principalmente el cine y la literatura, pero he tenido que ver con las escénicas y las plásticas. Soy sensible, me gusta apreciar, atesorar.

El segundo punto lo marcaría muy cerca y se refiere a la literatura: en un contexto poco lector, he sido siempre la oveja negra de la familia que gusta leer, que regala libros, que frecuenta ferias, que ve cine y teatro de obras selectas, que busca los textos de las novedades en cine, etcétera. He consumido de todo, ya hasta me cuesta trabajo recordar que he leído y qué conozco por otros referentes. Esto es lo que escribía hace un año: “Y heme aquí, finalizando el año con literatura rusa, después de 30 años..., yo, <<la de entonces que ya no soy y la de hoy que sigo siendo>>. Recuerdo lo que creía y atesoraba y negaba y rechazaba. Ahora estoy en lo mismo, en La aceptación y el aprecio”.

El tercer punto también es permanente y se refiere a mis recuerdos, conservo souvenirs, artesanía, piedras, fósforos, arena y hasta el jabón del hotel del último viaje. El recuerdo del calor del sol, la brisa del viento y los ruidos alrededor me dicen al oído que soy feliz porque vivo; el arte apreciado y gozado me renueva.

Finalmente hablaría de otra constante que es mi afán por la comunicación, aquí tengo serios problemas y cada día lucho y consigo más asertividad. En cuanto a la internacionalización tengo una cita de mis notas “Yo hablo (hablaba!) ruso y me gustaría mucho hablar francés. El retomar el estudio del idioma es un pendiente que tengo porque me abriría puertas a nuevas experiencias, a conocer nuevos mundos

de significados, a conocer otras personas, culturas, a través de la interacción y de los viajes. El inglés complementa perfectamente este conocimiento y experiencia, también tengo que retomarlo, pero me hace muy feliz entender algo del portugués y el francés”. El tema del amor tiene que ver con este afán porque me he comunicado más con el alma y con el cuerpo que con palabras sonoras y claras...

Mi hija, la mejor huella de mí en el mundo.

Llegué al poblado donde labora mi pequeña, es maestra de 3er grado de Preescolar y era la ceremonia de graduación de la generación que le tocó atender. El salón de fiestas se encontraba engalanado e inmediato distinguí entre los padres de familia, a mi yerno con la cámara en mano, listo para cubrir el evento. La habían nombrado Madrina de Generación, teniendo apenas dos años de trabajar en el centro escolar; su primera incursión y era reconocida su entrega amorosa a los niños y su compromiso con la comunidad, donde hace labor en pro de estilización y atención a animales en situación de calle.

Lucía hermosa, con vestido y cabello alaciado. Su rostro denotaba tensión de estar en la mesa del presidium pero también concentración en los detalles del evento y al comportamiento de sus pequeños, sentados al frente.

Se entregaron los diplomas y bailaron los vales correspondientes, las niñas vestidas como si se graduaran de la universidad, con velos y rasos, boleros imitación ming para aliviar un poco la fría sensación térmica de la región serrana.

Desde que llegué y la miré, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas a borbotones. Cuánta satisfacción, cuánto orgullo, cuánto amor transformado en mujer bella, comprometida, independiente, triunfadora.

En viaje anterior había previsto comprar los regalos que daría a la generación apadrinada: ya en su casa le había ayudado a envolver las mochilitas, las lapiceras, los sellos, pegatinas, folders, que había adquirido de su sueldo de maestra, que se multiplica reparte como panes.

Yo captaba en mi cámara de celular la sonrisa de los niños con sus regalos, la gemela satisfacción de los padres de familia que como yo, irradiaban gozo por la buena fortuna de sus hijos, trascendiendo el primer peldaño de su escolaridad y me sentía hermanada a ellos, por el amor, por los esfuerzos realizados para que nuestros peques llegaran hasta ahí y de nuestra mano, dándoles seguridad y libertad.

Tengo la certeza de que he dejado muchas huellas, algunas adrede, algunas sin querer o sin pensarlo; de algunas me siento contenta y de otras no tanto, sin embargo el día de hoy al plantearme el tema del ejercicio, poéticamente acudió a mí la evocación de mi hija como la más firme y la más bella huella de mi en este mundo. A sus 25 años nuestros caminos paralelos que parecían haberse separado después de su infancia, ante su natural búsqueda de identidad personal, parecen estrecharse en otro entendimiento, en otro tiempo, en renovado sentimiento.

Retomo la frase que expresé cuando se graduaba: “Algo bueno he de haber hecho en mi vida, porque mi hija quiso ser maestra”.

Gabo, eres el culpable.

Al plantearme este ejercicio de mis ecos, evoqué muchas figuras emblemáticas, muchas pérdidas que me han dolido en toda la magnitud de su resonancia en mí. Entre ellas escojo hoy hacer un homenaje al legado de García Márquez y se me ocurre hacerlo como un reclamo agradecido por todo lo forjado en mí al crecer con

su obra, pero sobre todo con su figura patriarcal, seguramente es el abuelo adoptivo que elegí en mi vida:

Gracias querido Gabo porque hoy sé que al poblar mi adolescencia de imágenes del trópico al leerme me estaba preparando para la aventura de vivir en un pueblo lejano, devorado por el candente sol, la escasa privacidad de puertas abiertas y vidas traslúcidas, de costumbres caribeñas y la alegría con la que hay que enfrentar cotidianamente las estrecheces, la visión insular, tanta exigencia y, en mi caso, el no pertenecer. El colorido, el ritmo, el sabor y los usos de Macondo, sus bellas historias de amor contra los cataclismos de la realidad, me hicieron sentir que mi historia era posible y lo fue, durante algún tiempo.

Gabo te acuso de familiarizarme con su gente, sus maneras de ser y no ser, su imaginario, de tal manera que pude gozar en mi forzada especialización, tanto del barroco exuberante del continente, como de las tenues curvas arquitectónicas caribeñas, los vitrales de medio punto en las casonas de planta en forma de "L" con patio partido, así como de la pintura vanguardista de Lam o Lezama Lima.

Te declaro culpable de afinar mi acervo y de especializar mi gusto literario Gabo, de manera tal que me dediqué a disfrutar de la gratuidad de la lectura en el país de para todos, incrementando lo leído antes y después en mi país, donde cuando no podía comprar libros, hacía uso de préstamos en las bibliotecas públicas o de los abundantes acervos de mis amigas. Ahora, -gracias universo-, leo cuanto quiero en múltiples formas y puedo promover lectura en otros ámbitos. Es cierto, ya no te leo con el amor varonil que no supo retenerme, sino con su simiente, que a hurtadillas empieza a leer lo que le parece interesante de mis lecturas o viceversa y tenemos que usar dos separadores, para continuar la lectura cada que una suelta el libro.

Hay otra cosa que reclamarte Gabo, tu gusto por el cine y la música se escurrió hacia mis ávidas venas y de molde de sana imitación, francamente se convirtieron en adicción. ¿Cuántas veces he intentado hacer ciclos de debate de tus obras llevadas al cine? Ha sido una delicia cuando lo he conseguido. Gracias Gabo, vuela en paz.

El dolor, mi cumbre a escalar.

A estas alturas de mi vida, he alcanzado casi todos los objetivos de mi vida, no en balde ando en la plenitud de los cincuenta, donde también las ensoñaciones se sueltan y una se vuelve más realista, de alguna manera se busca la comodidad, sin la adrenalina del pasado, sin las ansias por el futuro.

En el tener, tengo, parafraseando el popular poema de Guillén, “lo que tenía que tener” y eso equivale a sueños, amores, anhelos, triunfos, derrotas, dolores, recuerdos, querer, un amor filial incondicional, hijos y nietos coludos, en fin, lo que he alcanzado a vivir y como ha sido vivirlo.

En el ser, un kalidoscopio rico, nutricio, que va recuperando sus matices brillantes y coloridos y un afán por mejorar, por enriquecerme día a día, por mantener mis búsquedas, las respuestas, la espiritualidad, la disciplina, el alcanzar la perfección no por que exista sino como disposición del ser hacia la divinidad, el desaparecer en el todo, sin dejar de ser.

Lo que quiero y necesito ahora es abrir mi corazón al amor aunque duela, aunque sufra, para poder amar, llegar a ese absoluto del amor dentro, en mí y fuera de mí, la compasión y la disposición al servicio. Matar al ego, o combatirlo al menos, más valientemente. He vivido muchas situaciones límite y creo haberlas superado, pero

no, creo que apenas las he sobrevivido porque cuando algo le pasa a un ser querido, me retuerzo hasta el alma y mi gran umbral al dolor físico se reduce o desaparece y no me atrevo a ver de frente el cáncer de mi hermano y quisiera huir, dormirme sin despertar, es decir no estar presente, que otros se hagan cargo por favor, yo no soporto ver a mi hermanito enfermo, escuchar siniestros diagnósticos, volver a verlo, sostenerle la mirada, darle una palabra de aliento.

¿Cómo? ¿Cómo darle fuerza cuando yo no la siento? ¿Cómo consolar a otros en mi oscuro desconsuelo? Vida ponme la prueba que quieras, subir la montaña y la subiré, pero ¿por qué a costa de mi hermano? Si ya sé que no se trata de mí, sino de él. Dioses, universo, ángeles, maestros guías, clamo por ayuda, porque me vuelvan sabia, humilde, generosa, valiente y pueda acompañarlo con todo mi ser, que no me de miedo, tomar el teléfono y preguntarle como está, que pueda verlo a los ojos y mi amor le de serenidad, que adivine el profundo amor que siempre he tenido por él, que tenga las palabras, la sencillez para estar sólo con él, sin que sienta culpa por no poder hacer más, por no poder salvarlo como cuando niño creía poder hacerlo. Esta es mi cumbre, aquí se queda poquito a poco mi ego, aceptando paso a pasito lo que no está en mis manos resolver.

Mi roca diamante: Om mani padme hum.

Perseverancia, aguantar, sobrevivir fueron las palabras que me dieron fuerza para sobreponerme a las circunstancias en algún tiempo. Mucho de lo que soy se conformó en torno a estas creencias inconscientes: el esforzarse para merecer, incluso el que nada era suficiente, había que aguantar más.

Mi lucha por cambiar_me con todo y circunstancias, me ha permitido, cada vez un poquito más, reescribir mi sino, reinterpretar el destino, torcer patrones, forzar mi personalidad racional canceriana a una más flexible y fluida confianza.

Así que este ejercicio me ha pillado sin palabras asidero de momento, pero con lo que más resueno, tal vez la que más utilizo sea Namasté, en el sentido literal de su significado y mi voluntad en hacerla verdadera en mí: Desde quien soy y lo que soy, te honro, en la medida en que te reconozco y respeto.

Así que le trueco al universo la palabra RESPONSABILIDAD por la de fluir, ser auténtica, amable y asertiva. Este es el trato que quiero hacer, mis propósitos de vida, no es que lo haga, es que es mi aspiración. La felicidad jamás la podré alcanzar amarrada a grilletes del deber ser, del a la fuerza, de la culpa. La libertad no es solamente hacer lo que a una le plazca, o hacerlo a pesar de todo, sino justamente ser libre para sopesar los costos y libre para tomar decisiones, a veces, la más sensata, la de no hacer, aunque quisiera.

Seguramente ahora mis rocas son los mantras, queridos, esenciales, que me dan paz y transmutan a la coherencia de mis frecuencias de resonancia. Om trayam bakan nama mahe... Om mani padme hum... Baba nam kevalam... me fundo y me encuentro, desbrozo el largo camino espiritual.

Mi estrella no está en el horizonte.

Por algún motivo o emoción he evitado escribir estos días acerca de mi estrella, por supuesto que he seguido o perseguido sueños, muchos de ellos los estoy cumpliendo recién y no es que fueran importantes por la trivialidad que podría girar a su alrededor, sino por el significado que tienen en mi vida, por haber impartido

clases de Historia del Arte cuando no tenía el perfil y tuve que especializarme en un país extranjero, viviendo sorprendidas visitas al aula y al menos, si no he sido brillante en la docencia, al menos me superé y vencí esos retos, así que ver la Gioconda o Machu Pichu son como palmaditas en mi espalda y decirme, ya vez, veinte años o un cuarto de década después puedes soltar amarres, preocupaciones y hasta sortear las circunstancias familiares para dedicarte a disfrutar de la belleza, de los saberes para apreciar lo bello, del legado que puedes compartir, de la nueva gente que conoces, del poner “palomita” a sueños por cumplir.

Es como acercarse al significado de ese poema, cada vez más sentido, de “Vida nada te debo, vida estamos en paz”, porque conforme pasa el tiempo aquello que era dramáticamente importante, va dejando de serlo y por tanto más paz, menos expectativas, todo es ganancia, todo se bendice, la frustración duele y dura menos, se comprende más, se concede más.

Lo otro es que me congratulo de mi intuición y buena fortuna porque logro conectarme, beneficiarme, pegarme, a grandes seres iluminados, guerreros, canalizadores, carismáticos, guías, maestros, ángeles. Y de todos abrego y de todos me ilumino y tengo la fortuna de vivir un poco de escritura con ustedes, un poco de poesía por allá, un poco de ciencia social, más allá, un poco de yoga para la risa acá, extraer más, mucho más amor para lidiar con la muerte... con los seres amados, con el cine y la literatura como compañeros.

Mi estrella no está en el cielo, ciertamente necesito alzar más la vista y escudriñar el cielo y contemplar el firmamento, pero por ahora me resguardo en mis tibias paredes y veo más el suelo, el verde y el vuelo de los pájaros. Mis afanes espirituales sitúan a mi estrella en mi interior, a ella quiero llegar cuando perciba que mi llama vital se convierte en un candil de nieve que no derrite el tintineante frío azul del lucero de la mañana, sino que cohabita con la tibieza de mi alma.

Mis tinieblas cual agujero negro.

Mis tinieblas son por supuesto mis demonios internos: el miedo, la ira y el enojo. El estallido arrasador de toda sensatez y autorregulación. La incontenencia mental que derrama con filosa contundencia lo que pienso sin importar lo que piense o sienta el otro y sin poder regresar el tiempo, sin poder tragarme mis palabras sin escupirlas y peor aún, la maldita satisfacción de haber dado en la presa... y después la culpa luchando contra la razón una y otra vez y otra vez.

Si, mis tinieblas son mi agujero negro en el estómago, que me engulle sin medida, cuando la rabia y la ira - ¿milenarias? - ascienden cual lava volcánica para escupir vociferaciones, bien elaboradas, porque mi cerebro se activa químicamente con estos neurotransmisores y me engullen, me desaparecen y dejó de ser yo, la educada, la noble y hasta tímida Malenita, que difícilmente sabe lo que es la autorregulación porque los límites nunca han sido claros, salvo cuando se siente agraviada, abusada, sabe que debió impedir que pasara, pero no sabe cómo.

Mis tinieblas por supuesto tiene que ver con el cerebro reptiliano y las emociones básicas como el hambre, el miedo, el frío, el desamparo y con una postura de respuesta en la vida, de alerta a ese peligro que ya no existe porque ya crecí, viví lo que tenía que vivir y superé lo que tenía que superar y nací resiliente y he superado cada piedra, viga, puente roto del camino y aquí estoy, conociendo y cobijando mi luz y alumbrando mis tinieblas y saludando y haciendo migas con la sombra que genera mi luz al alumbrarme.

Así que aprendo a vivir con el yinyang, haciendo malabares para que mis llamas se conviertan en flama luminosa y mis gárgolas medievales con demoniacas fauces sean el arte necesario para comprender la sistémica dialogicidad del bien y del mal y las piedras del camino y los gélidos ventarrones sean los lestrigones del viaje a

Itaca, donde aventuras y epopeyas minimicen los raspones, las averías, los desencuentros, porque además siempre va en mi maleta Silvio y su Rabo de nube, el que siempre, como buen deseo, se lleva lo feo y nos deja el "querube", para escampar en la esperanza.

Soy agua.

Soy agua y como tal, manantial de agua cristalina, traslúcida, evidente en cualquiera de mis formas, esferas, emociones, pensamientos, sentimientos, sensaciones, aspiraciones, evocaciones...

Soy agua y como tal, fluyo cuando la corriente es favorable, a veces con paso suave y arrullador; gozo de mi estado nutricional y procuro dar, dar vida y alcanzar a todos; sonreír a quien encuentro o a mí misma, o a la vida; jugar con quien viene a abrevarse bajo los rayos del sol, cantar al vuelo de pájaros y mariposas. No es secreto, pero aun así lo susurro: tengo encuentros secretos con la luna, le proporciono la seguridad de mirarse en mí y yo, de reflejarme en ella. Me ha regalado bellas madrugadas, por eso prefiero la noche al día, porque soy compañera de la cambiante, voluble y veleidosa luna y de los gatos parranderos que saben de cicatrices y del orgulloso costo de poseerlas.

No obstante, a veces, cuando percibo obstáculos y amenazas, con arrebatos y fuerza, -necesaria e innecesariamente, muchas veces de forma violenta-, cuando el apremio me gana, cuando el empoderamiento emborracha al ego, paso veloz como tormenta, como tsunami embravecida y si, puedo defender o detener un abuso, pero mi espíritu cristalino se empaña, se enturbia y sufro, hasta que encuentro la forma de perdonar, de soltar, de salir, de dejar, para purificarme con saladas lágrimas, con

aullidos de desborde, con abrigo de tierras conocidas, del cálido sol o confesiones innobles de la vergonzosa luna, escondida entre nubes.

Soy agua y como tal, a veces me estanco y pierdo el tiempo y vivo en la superficie y me conformo con poco, con sobrevivir en lugar de supervivir. Es cuando el sofá de mi casa es el lugar más seguro del mundo y la película en turno o el bestseller de moda me entretienen y cuento las horas para que acabe el día, aunque este no hacer pareciera detener el tiempo. Pero soy agua y algunas partes de mí empiezan a florecer en las orillas o en la punta del risco aún sin que me lo proponga y ahí voy de nuevo, a intentar hacerme de una disciplina de ejercicio, de meditación y yoga, de alimentación y buenos pensamientos, de métodos de sanación del alma y del espíritu. Y aquí estoy, viviendo el día a día, sabiendo que no es la forma sino la esencia, que no está afuera, sino adentro, que no es Dios sino mi alma concibiéndolo y aceptándolo y recibiendo y entregándole lo que me resta, lo que no se quedó en el camino, la flamita de luz que le ha esperado y le ilumina en mí porque yo soy él y él está en mí.

Soy agua, pero también soy fuego, soy madera que se quema y viento que aviva esa llama y agua, que limita, delinea y amortigua ese fuego, pero que si es de a poquito, también le alimenta, también le sostiene viva. Viva para ser tierra que cobija ese ciclo vital de ebullición, transformación y vuelta a ser la esencia que un día fue y un día será, cenizas esparcidas por el viento, cuando ya no tenga miedo, cuando todo sea ya paz y quien sabe, tal vez preparándome para volver a empezar.

2 de marzo de 2016.

Siempre llego a mí.

Es la hora del recuento, de ver mi paso por estos meses de mano de la escritura y con tu mirada y voz amiga. Lo que percibo me reconforta porque si bien pudiera dar una dramática cuenta de las heridas cicatrizadas, de las carencias, de las cadenas y de la mortificación por lo que no debió ser, soy, ante todo una mujer con lo que eso significa, una mujer que sabe de dolores de parto y de parir proyectos y de las alegrías que dejan su paso.

Soy vehementemente xalapeña, después de trotar mundo y a veces, aún contemplo las noches estrelladas y huelo el jazmín nocturno de los jardines a mi paso y disfruto el chipichipi hasta cuando nos acompaña en una marcha de paraguas para reclamar lo que hay que reclamar para vivir dignamente en esta entidad.

Una mujer que sabe vivir sus días y sus noches en compañía y en la soledad y que diariamente reinventa nuevas formas de estar para seguir siendo, dejando de ser.

Convivo con la muerte acechando a mis seres queridos y sé que no hay resistencia que valga, que es el tiempo de descalzarse y como Magdalena, simbólicamente, he de enjugar mis lágrimas en un humilde servicio de cuidado de otros para limpiar mi interior, para fortalecer mi vano espíritu y carecer de orgullo y juicios.

Como dicen los versos libre de Martí: vengo de todas partes y hacia todas partes voy, arte soy entre las artes y en los montes, monte soy. Esto tiene que ver con mi estrella, que está en mi interior y me guía, iluminándome suavemente y con la fluidez del agua que elijo, en el <<largo y sinuoso camino>> para darme forma en cada circunstancia, sin perder la esencia, pero fluyendo constantemente, sin detenerme en los obstáculos sino pasando de largo o arrastrando alguna piedra como parte del camino.

Sé que tengo en la escritura una aliada, una ventana y una salida. Sé que mi misión de vida es el servir, como maestra, como madre, como hija, como amiga, como parte de la colectividad. Sé que la escritura puede ser ese puente de unión para mi alma y las de los demás. Sé que soy como un salto en mi generación y que esta bendita edad me permite ver y comprender hacia atrás y hacia adelante y aún enmendar y dar y seguir caminando.

Con Machado hago huellas en el camino que nunca he de volver a pisar y con Benedetti sé que no puedo quedarme inmóvil al lado del camino, que no debo cerrar los párpados pesados como un muro, que no puedo permitirme amar sin ganas, en fin, que es imposible “salvarme”, si quiero vivir conmigo.